

LA FACULTAD DE DERECHO EN EL DÍA DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA

Con motivo del "Día de la Universidad Católica", el Catedrático Doctor Raúl Ferrero, a nombre de la Facultad de Derecho, pronunció las siguientes palabras, en "Radio Colonial":

Hace poco más de treinta años, nació oscuramente la Universidad Católica del Perú. Le dió vida un sacerdote ejemplar por su humildad y su virtud de santo: el Padre Jorge Dintilhac, de la Congregación de los Sagrados Corazones, religiosos a quienes conocemos y veneramos bajo el nombre más popular de recoletanos. Un local prestado, algunos libros, pocos y selectos maestros, entre los cuales se señalaba por su talento literario y su clara bondad el doctor Raimundo Morales de la Torre, tales fueron los elementos nucleares. Ideal de fe y de acción, tenazmente amado por profesores y alumnos, la Universidad Católica fué abriéndose paso, lentamente, calladamente, en un medio académico racionalista y adverso.

Cuán distinto, por fortuna, es el ambiente que la novel Universidad ha sabido ganarse. Amistad sincera y recíproco respeto con la de San Marcos, vida intelectual sumamente activa, profesores entusiastas tocados del ideal cristiano, alumnos que se someten gustosos a la disciplina del estudio, y por doquiera, la irradiación de su mensaje, luminoso y simple, encendido de fervor y de alegría: catolicismo y patriotismo. Porque nuestro claustro es algo más que una casa del saber; es una comunidad de inteligencias y de corazones, fundidos noblemente por el hálito sagrado de una finalidad superior. Amamos la Verdad con la certidumbre del Evangelio y penetramos con ella los conocimientos científicos, filosóficos y jurídicos. Tenemos, pues, una finalidad confesional, tolerante como corresponde a toda actitud de veras culta, pero definida y rectora.

La educación superior supone una acción voluntaria, de modo que ha de inspirarse en un fin. El conocimiento de este fin, que es el de forjar hombres rectos y profesionales austeros, nos libera del agobio de la rutina y transforma la tarea cada día. Nuestra inspiración nacionalista ensancha el horizonte de la enseñanza, pues nos hace herederos y artífices de una comunidad histórica, que comenzó hace muchos siglos sobre este mismo suelo y que continuará existiendo cuando todos hayamos desaparecido. Nuestra convicción cristiana nos eleva por sobre el áspero rumor de los sucesos inmediatos y nos da la perspectiva trascendente de la meta ultraterrena, como un destello de la gloria inmaterial que perseguimos.

Una enseñanza universitaria indecisa en doctrinas filosóficas, engendra almas vacilantes o inteligencias sin aplomo moral. La ciencia de los dos últimos siglos creció poderosa pero ciega, en tanto que la filosofía intentaba independizarse de Dios y pretendía reducir al hombre a su experiencia contingente de puros fenómenos. Tal actitud, cuya soberbia embriagó a mentes

verdaderamente ilustres, originó confusión espiritual, duda religiosa, conciencias sin línea ética, choques de las generaciones inmediatas, cada una más radical que la anterior, y, por último, una lamentable relajación en las costumbres, presididas por el escepticismo y por el afán desmedido del dinero.

La espantosa tragedia contemporánea ha determinado un retorno al espíritu, lo cual es ya un camino hacia Dios. El positivismo se espanta hoy ante la visión del monstruo que engendró, el materialismo, con sus dos desviaciones funestas: el marxismo y la sensualidad frívola. Por todas partes, en coro espontáneo y angustioso, surgen las voces que intentan detener la expansión del error y señalan la ruta de la verdad eterna, cuya luz esplende nuevamente desde Roma.

El pueblo que conserva la substancia espiritual de su vida, mantiene el fuego sagrado para el porvenir. Por eso, aunque abierta a las corrientes modernas y presta siempre a utilizar lo bueno de ellas, la Universidad Católica es tradicionalista, nutrida por la exaltación de los símbolos del pasado, cuya proyección en nosotros es la mejor garantía para la obra futura. Cada aniversario es una reiteración de nuestros propósitos, a la que se suma el justo orgullo de contemplar la conducta que observan los egresados, los profesionales y maestros formados en nuestras aulas, cuya posición destacada constituye la mejor demostración de la bondad de la simiente que se depositó y alentó en sus espíritus.

Por todo ello, por la tarea de ayer y por la obra de mañana, por el éxito de la labor cumplida y por la necesidad de siempre, pedimos la ayuda de todos y exhortamos a nuestros amigos para que aumenten el ambiente de comprensión que se ha creado la Universidad Católica. En la lumbre divina hemos puesto lo mejor de nuestra esperanza y todos los que nos acompañan con su generosa simpatía son partícipes en el afán creador y protectores de una obra inspirada en plenitud por los ideales de Patria y Religión.
